

Amy Brill

El movimiento de las estrellas

Traducido del inglés por Mariano Antolín Rato



Alianza Editorial

Primera parte

ABRIL DE 1845

Nantucket



Visor

HANNAH SE INCLINÓ sobre su cuaderno de notas en la pequeña habitación medio a oscuras de la parte más alta de la casa, aprovechando al máximo lo que quedaba de espacio en las últimas líneas de la página.

3:04 de la madrugada, 12 del mes 4, 1845 —escribió—. Imposibilidad de determinar la nebulosidad que rodea Antares. El objeto visto a 22 grados norte no ha reaparecido. Observaciones adicionales oscurecidas por nubes.

Como para remachar su fracaso, la vela junto a su codo chisporroteó y se apagó. Hannah estuvo sentada a oscuras un momento, luchando contra su impulso de tirarla al otro lado de la habitación, y cerró los ojos. El dominio de las emociones había formado parte de su educación tanto como el dividir y multiplicar. No había tirado nada, ni pataleado, ni llorado en público desde hacía más de dos décadas. Pero ahora, a los veinticuatro años, sin haberse casado, a veces ni siquiera estaba segura de que fuese capaz de tener sentimientos profundos por algo, aparte de lo que veía —o no conseguía ver— en el cielo nocturno.

Sólo en el pequeño cubículo añadido a su terraza, después de la puesta de sol, se permitía Hannah emocionarse de verdad al percibir el destello de algo nuevo entre los cuerpos celestes, o quedar embargada por la maravilla de su majestuoso orden. Hasta la aplastante sensación de derrota que la dominaba en noches como ésta, cuando los elementos o sus instrumentos escondían los hermosos misterios de allá arriba, la conmovía más que cualquiera de las cosas que pasaban a la luz del día. O eso parecía muchas veces.

Tenía la esperanza de volver a examinar la nebulosa que había visto la noche anterior, cerca de los Ojos de Gato de la cola de Escorpio. Una zona pálida, luminosa como una nube, colgada por dos franjas perceptibles, una más oscura que la otra, que se aovillaban por la nebulosa de norte a sur como cintas de terciopelo. En el borde sudeste de una, Hannah había distinguido un neblina brillante que parecía menos clara por uno de los lados. Al verla, se había sentido como un explorador en la misma frontera del Nuevo Mundo; el velo de posibilidades y promesas de repente parecía lo bastante fino para perforarlo con el más mínimo aliento.

Era improbable que fuese un cometa, pero a menos que lo volviera a ver, nunca lo sabría. En cuanto cayó la oscuridad, agarró un nuevo cabo de vela y subió disparada los escalones hasta la terraza. Pero el cielo estaba cubierto de nubes, y Hannah soltó un prolongado suspiro de desilusión y se apoyó en la barandilla, contemplando las nubes que se desplazaban rápidamente en lo alto.

Desde que su padre había conseguido un empleo en el banco que le mantenía fuera durante largos periodos, Hannah

realizaba sola las observaciones nocturnas que su familia utilizaba con el fin de calibrar los cronómetros que traían los barcos balleneros para saber la hora en el mar. También hacía los ajustes necesarios a todos esos relojes de la flota cuando los barcos estaban en el puerto. Además, se ocupaba de la casa, llevaba los registros en orden y pagaba a los chicos que atendían la pequeña granja que tenían a unos dos kilómetros del pueblo, aunque supusiera una pérdida constante de dinero. Luego estaba su trabajo de ayudante en la biblioteca del Ateneo de Nantucket, del que salía al terminar el día con dolor de ojos, para volver a una casa vacía y pasar unas cuantas horas de observación desde su pequeño cubículo de la terraza.

Quienes no eran de la isla se referían truculentamente a la plataforma como un «paseo de viuda», por las mujeres de la isla de Nantucket y sitios parecidos que pasaban el día entero trabajándose una muerte temprana y las noches en la terraza vigilando y esperando que sus maridos volvieran de distantes puntos de actividad ballenera. La verdad es que la mayoría de las mujeres que conocía Hannah y cuyos hombres trabajaban en los buques balleneros tenían poco tiempo o predisposición para quedarse en la terraza esperando por nada. Si su hermano gemelo, Edward, estuviera presente, habría señalado con ironía que ella, sin haberse casado nunca, se había convertido exactamente en una de esas viudas de balleneros que le daban pena y a las que tanto desdeñaba.

Pero Hannah sólo dejaba que su propia situación la apenara un poco a veces. Esperar el regreso de un hermano a buen seguro no era lo mismo que esperar a un marido, imaginaba. Con todo, había pensado en Edward todos los días durante

dos años y siete meses desde que se había embarcado en la bricbarca ballenera *Regiment*, escapándose sin avisar al amanecer y dejando únicamente una nota:

No estés resentida con Mary Coffey —había escrito—. *Para tu hermano ella es como un viento suave, no una poderosa tempestad como tú.* Pero Hannah no podía modificar su opinión sobre ella más de lo que podía cambiar el tiempo: su hermano había escapado para demostrarse que era digno de casarse con una chica que no merecía su afecto más de lo que merecían su brutal destino las bestias gigantes que ahora perseguía por el globo. En su nota él insistía en que ella prosiguiese con sus observaciones y no se distrajera casándose, o dando clases o dedicándose a alguna cuestión femenina que consumiese todo su tiempo. Pero no le daba ningún consejo sobre cómo podría seguir viviendo exactamente sin su único hermano, amigo y confidente.

Diez minutos después, Hannah se declaró vencida por las condiciones meteorológicas y fue al piso de abajo. Le gustaría que estuviera su padre. Podría enseñarle el visor que había reparado ella con el pegajoso hilo de un capullo la semana anterior, pues sabía que él hubiera valorado su ingenuidad y también su economía. Arreglar ella misma ese esencial trozo delgado de cable significaba ahorrar el gasto de meter el instrumento en un cajón con paja y enviarlo nada menos que a Cambridge, donde unos amigos de su familia, los Bond, supervisaban el nuevo observatorio en Harvard. Aparte de que eso también significaba que no se perdería ni una noche de observación.

Pero en el desván no había nadie. Cuando era niña, Nathaniel Price había sido una presencia constante a su lado en

aquella habitación y arriba, en la terraza, y a todas las horas de la noche, sin importar el tiempo que hiciera. Su primer trabajo como «ayudante» de él había consistido en llevarle la cuenta de los segundos que una estrella tardaba en pasar por su lente. A los doce años, se ocupaba de esa tarea con la máxima seriedad, y él le había dado un pequeño cronómetro, que había construido con piezas antiguas, metido dentro de un estuche brillante de latón con sus iniciales grabadas. A Hannah le apasionaba aquel pequeño reloj, y cuando dejó de funcionar definitivamente y no se pudo reparar, lo guardó en el fondo del baúl que tenía a los pies de su cama, envuelto en muselina, uno de los pocos tesoros que se preocupó de proteger de los ojos y las manos de su hermano gemelo.

Desde la marcha de Edward, sin embargo, su padre había evitado la pequeña habitación de la parte alta de la casa, como si fuera un lugar en cuarentena. Sola, Hannah se había lanzado a observar como una posesa, pero su régimen casi de esclavitud escrutando el cielo de noche nunca había reavivado el interés de su padre ni revelado ninguna cosa nueva en el firmamento.

En todo caso, lo que conseguía distinguir parecería disminuir en proporción inversa al propio universo, que se expandía a una velocidad de vértigo. Sólo durante los dos últimos años se habían descubierto el cometa Faye y el cometa De Vico, y determinado más nebulosas. Se había computado el paralaje de media docena de estrellas fijas; habían surgido observatorios nuevos en Cleveland, Cambridge, Washington. Había pasado todo eso... pero ella no había participado en ello.

Hannah encajó el telescopio en su trípode más cerca de su mesa, luego lo apuntó a la vacilante vela para volver a exami-

nar su nuevo visor, esperando animarse algo. Pero teniendo como únicos testigos algunas telarañas y conchas de almejas, la ingeniosa habilidad de su logro quedó devaluada.



DE HABER LADEADO unos cuantos grados el ocular, podría haber visto el mundo tras la pequeña ventana en forma de diamante enfocado con su lente. El pueblo de Nantucket, al revés: pizarra, palomas torcaces, granito, abrojos. Grises duros como rocas y blandos como sombras, adoquines y tejas de madera, arena y ceniza, que llegaban hasta los oscuros muelles resbaladizos y, más allá, el plumizo mar ondulante. Pasado el sólido banco de arena que protegía el puerto, los mástiles oscilantes de una docena de balleneros perforaban la línea del horizonte; al oeste de ellos se extendían sesenta y cinco kilómetros de aguas abiertas hasta la costa de Nueva Inglaterra, y unos tres mil en la otra dirección. En medio, siete mil almas residían en la isla batida por los vientos, cada una unida en un abrazo eterno con el propio mar. Cuando el bloqueo o la ventisca hacían imposible el paso a tierra firme, la vida en la isla se detenía: desaparecían el comercio y la industria, la madera y el dinero, no había noticias ni aceite de ballena, lo que significaba falta de luz.

Si Hannah hubiera mirado hacia la ventana, habría distinguido su propio reflejo ondulante en el cristal. Casi uno ochenta de estatura y extremadamente angulosa, desde la barbilla hasta las rodillas; un pelo espeso de color carbón que le llegaba hasta media espalda y resistía sus intentos de contenerlo bajo

la cofia que usaba siempre que estaba en público; finas arrugas grabadas en torno a sus ojos grandes y oscuros, consecuencia de mirar el cielo nocturno durante cerca de una docena de años. En lo que se refería a su aspecto, Hannah era lo opuesto a la mayoría de los isleños, cuya piel con pecas y cuyos ojos azul claro se transmitían de generación en generación como seguramente también sus opiniones y costumbres. Cuando leyó las teorías de Lamarck sobre la evolución, Hannah llegó a preguntarse si sus vecinos no serían uno de sus callejones sin salida, pues estaban tan perfectamente adaptados a la vida de la isla que no era siquiera posible ningún otro cambio.

Ninguno esperaba de ella nada aparte de que atendiera a su padre y, en último término —y pronto—, a un marido. Ninguno consideraba que su interés por el cielo nocturno fuese a contribuir a algo significativo, y desde luego no al descubrimiento de un cometa nuevo —un errante— entre los millones de estrellas fijas. No cuando tantos hombres, en todo el mundo, estaban observando, esperando, escrutando con instrumentos superiores, todos explorando el mismo cielo con la esperanza de localizar aquel acontecimiento celestial tan especial.

Pero la intención de Hannah era ésa: encontrar un cometa que todavía no hubiera visto nadie desde la Tierra. Era algo más de lo que podía esperar razonablemente, sin un observatorio adecuado, ni esperanza de formación superior, y sin más instrumentos que el maltrecho pero querido telescopio Dollond de metro y medio de largo y sus dos ojos. Pero esa parte de ella que se animaba cada vez que veía un resplandeciente errante cruzando su lente esperaba de todos modos, y funda-

mentaba aquella sensación irracional observando todo el tiempo que podía aguantar sin renunciar por completo a dormir.

Si pudiera elegir, su hallazgo quedaría grabado para siempre con su nombre. El «cometa Price» le haría acreedora del premio del rey de Dinamarca: una medalla de oro y una generosa suma de dinero a cualquiera, de cualquier parte del mundo, que encontrara un cometa nuevo. Cada vez que se anunciaba uno de esos premios, una parte de ella se desesperaba, mientras que otra aumentaba su decisión: *La próxima vez* —susurraba—. *La próxima vez será tuyo*. Una plataforma desde la que continuar su trabajo significaría la oportunidad de contribuir a algo más que el simple tictac de los relojes que llenaban su espacio de trabajo y guiaban a los balleneros en sus cacerías por el globo.

Pero lo más importante —y eso ella no se atrevía a considerarlo durante demasiado tiempo ni con cuidado— sería que habría un motivo para que su padre prestara *atención* a su trabajo del modo en que lo hacía antes de que Edward hubiera destrozado la hermosa geometría de su reducida familia.

La primera vez que observó las estrellas desde un sitio que no era la terraza, ella y Edward no podían tener más de cuatro o cinco años. Fue cuando su padre los llevó a pasar la noche de acampada por primera vez. Cargando con lonas desgastadas y palos, patatas y sacos de dormir, recorrieron los tres kilómetros al oeste por la carretera de Madaket hasta la laguna de Maxcy. Su padre sujetó con unas correas la cazuela a la pequeña mochila de Hannah, riéndose cuando hacía ruido a cada paso que daba, primero por su propia calle, tan estrecha de arena y tierra, pasando delante de todos los vecinos a los dos lados. Las

grises tejas de madera gastadas al aire libre se aferraban a las achaparradas casas de dos pisos como escamas de pescado, y las lámparas, recién encendidas, proporcionaban un cálido resplandor amarillo al caer la tarde. Cuando llegaron a las afueras del pueblo, las casas se separaban unas de otras, rodeadas de granjas con campos de maíz crecido que ondulaba en el crepúsculo, con la hectárea de los Price incluida entre ellas, y luego desaparecían del todo, y la familia sólo oyó a los grillos y sus propias pisadas en el aire húmedo del mar.

Era en agosto. Montaron su campamento cuando el crepúsculo se ahondaba, y el atardecer estaba puntuado por el brillo de luciérnagas. Sus tripas estaban llenas de patatas asadas y de los arándanos que habían cogido por el camino, y a medida que se imponía la oscuridad, Nathaniel llevó a los gemelos por un sendero, estrecho como un sauce, que se abría a un pequeño claro. Extendió una vieja manta áspera y los tres se tumbaron con las cabezas tocándose en el centro, como los radios de una rueda, mientras las estrellas parpadeaban en el cielo. Cuando la noche se hizo más profunda, Hannah intentó grabárselas en la memoria, una cada vez, hasta que se emborraron y se quedó dormida debajo de ellas.

Al amanecer, Hannah fue con Nathaniel a coger ostras con la marea baja, agarrándose con fuerza a la mano de su padre cuando vadeaban los charcos, mientras él le decía los nombres de todo lo que pisaban: musgos y crustáceos, algas y pequeños peces plateados que pasaban disparados entre los dedos de sus pies, haciendo que ella se riera y saltara a los brazos de él.

El recuerdo del huesudo hombro de su padre apretado contra su mejilla mejoró su estado de ánimo en el desván.

Nathaniel había sido su apoyo, una fuente de curiosidades en su universo infantil con bancos duros en la Reunión y cuadernos alineados en la escuela. Tenía entonces un brillo que parecía que nunca iba a disminuir; Hannah muchas veces se preguntaba si la marcha de Edward no era más que el remate de una serie de decepciones que había trazado como en un mapa, y que iban de lo físico a lo económico.

Respiró a fondo, como si todavía pudiera oler el amanecer húmedo y salado del recuerdo de su infancia. Eso le bastó para continuar con su trabajo, aunque la habitación vacía le recordaba que una hija intachable no compensaba un hijo desobediente que se había ido al mar.

